

Sermón de la Fiesta de la Reforma 31 octubre 2009

Textos: Isaías 6:1-9; Gálatas 1:6-9; Lucas 18:9-14

En esta fecha, 31 de octubre, hace 492 años, Martín Lutero clavó 95 tesis a la puerta de la iglesia de Wittenberg, denunciando los abusos de la Iglesia de su tiempo, y así dio inicio a lo que nosotros llamamos la Reforma de la Iglesia. Pero hoy, casi cinco siglos después, si somos honestos, tenemos que reconocer que, en términos generales, esa Reforma ha fracasado. Ha fracasado. Está en ruinas, como un templo ya viejo, casi abandonado, que poco a poco se está cayendo a pedazos y está por derrumbarse.

¿Por qué digo eso? ¿Por qué soy tan negativo y pesimista? ¿Será porque en Europa, todos los domingos las Iglesias Protestantes están casi vacías? ¿Será porque en otros países como los Estados Unidos, cada año el número de miembros de las iglesias luteranas y de las iglesias protestantes históricas disminuye en lugar de aumentar? ¿Será porque aquí en México, el número de iglesias luteranas no ha crecido en más de 30 ó 40 años, y porque en casi todas esas iglesias sin excepción el número de asistentes cada domingo es menor de lo que era hace 30 ó 40 años?—a veces *mucho* menor.

En realidad, no es por eso que digo que la Reforma de la Iglesia ha fracasado. Esos sólo son síntomas de un problema mayor. Para mí, el verdadero problema es que se ha dejado de predicar fielmente el evangelio. Según la mayoría de los que somos cristianos, en todas las iglesias evangélicas se predica el evangelio, ¿no? Por eso se les llama evangélicas. Pero una vez que hemos entendido bien el evangelio, vemos que la realidad es que ese evangelio ha sido silenciado, que son pocos los espacios donde todavía se proclama y se oye, no sólo en otras iglesias, sino también en la nuestra.

¿Qué es el evangelio? Para responder a esa pregunta, tenemos que remitirnos a la enseñanza y práctica de Jesús. En aquel tiempo, había algunos, los fariseos y los líderes religiosos judíos, que afirmaban que uno tenía que vivir una vida santa, cumpliendo la ley como ellos la interpretaban, para ser aceptado por Dios. Hacían una división muy marcada entre la gente “buena”, o sea, los “justos,” y los pecadores, y afirmaban que Dios sólo quería a los justos.

Pero en eso, llegó Jesús, y en lugar de andar entre la gente supuestamente buena y justa, andaba con los pecadores como los publicanos o cobradores de impuestos y hasta las prostitutas. Cuando lo criticaban los líderes religiosos, Jesús respondió: “No son los sanos los que necesitan de un médico, sino los enfermos.” Con eso, Jesús no quería afirmar que los líderes religiosos eran sanos y buenos; al contrario, en otros momentos los acusa de ser opresivos e injustos. Más bien, lo que Jesús quería decir era que estaban enfermos pero se negaban a reconocerlo.

Por eso, Jesús se enojaba tanto con los fariseos y los líderes religiosos. Cuando quería sanar a personas enfermas, ellos decían, “No, eso no es correcto porque va en contra de la ley del día de reposo.” Y Jesús respondía, “¿La ley manda hacer bien o hacer mal, salvar la vida o quitarla?” Para los fariseos, lo más importante era guardar la ley; para Jesús, lo más importante era ayudar a la gente que padecía necesidad.

Pero los fariseos eran opresivos no sólo por su interpretación de la ley, sino también porque el Dios que proclamaban era un Dios que condenaba y censuraba a los que no eran buenos y justos como ellos. Eso era lo triste y trágico: que la gente que necesitaba la ayuda que sólo Dios puede dar no podía hallar esa ayuda en Dios por culpa de los fariseos.

Porque los fariseos hacían que la gente creyera que el Dios que ellos predicaban era el verdadero Dios, ese Dios que condena y censura y amenaza a la gente si no es buena. Y cuando la gente rechazaba a ese Dios, pensaba que era hasta más pecadora por no creer en Dios, en lugar de darse cuenta que el Dios al que rechazaban era un Dios falso, y que el verdadero Dios era otro, el que predicaba Jesucristo, que ama a los pecadores y acepta con los brazos abiertos a todos los que se acercan a él buscando ayuda.

Por eso Jesús censuró a los fariseos y las autoridades religiosas, diciendo: “¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas, porque cierran el reino de los cielos delante de todos, pues ni entran ustedes ni dejan entrar a los que quieren entrar! ¡Recorren mar y tierra para ganarse un prosélito, y una vez hecho, lo hacen dos veces más hijo del infierno que ustedes mismos! ¡Ay de ustedes, porque por dentro están llenos de robo y de injusticia! ¡Ay de ustedes, hipócritas, porque diezman la menta y el eneldo y el comino, y dejan lo más importante, la justicia, la misericordia, y la fe! ¡Sepulcros blanqueados! Por fuera ustedes se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia, hipocresía, e iniquidad.”

Ningún texto ilustra mejor todo esto que el que elegí como evangelio para hoy, la parábola del fariseo y el publicano que suben a orar al templo. El fariseo dice, “Dios, te doy gracias porque no soy como los demás, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano.” En otras palabras, “Gracias, Dios, porque soy tan bueno y justo y santo, y no soy pecador como todos los demás.”

Pero el publicano se paró lejos de los demás, sin poder siquiera alzar los ojos al cielo, y se golpeaba el pecho diciendo, “Dios, ten piedad de mí, que soy pecador. Ten misericordia, ten compasión, porque soy un hombre injusto y malo.” Al concluir la parábola, Jesús dice, el que regresó a su casa justificado ante los ojos de Dios no fue el fariseo, sino el publicano.

¿Por qué? ¿Porque diría Jesús que el fariseo que vivía una vida tan pura y santa no era justificado, y por otra parte el publicano que era un hombre pecador, deshonesto, injusto, opresivo, y despreciable sí era justo ante Dios? Afirmar eso era escandaloso. Pero la razón por la que el publicano fue justificado antes que el fariseo es porque el publicano reconocía que estaba mal, muy mal, y tenía que cambiar. Sabía que estaba enfermo y que necesitaba de ayuda, de un médico. Reconocía su necesidad del perdón y de la gracia de Dios. Pero el fariseo no se veía como un pecador necesitado de perdón y gracia y ayuda, ni como alguien que necesitaba cambiar. Y por eso no era aceptable ante Dios.

Esa es la paradoja escandalosa que encontramos en esta parábola y en otras partes de la enseñanza de Jesús: según él, los que se creen buenos y justos son los verdaderos pecadores; en cambio, los que se reconocen como pecadores son los justos ante Dios. ¿Por qué? Porque la verdad es que todos somos imperfectos, pecadores, injustos, y opresivos. Estamos muy lejos de ser las personas que Dios quiere que seamos. Y si lo reconocemos, entonces hay esperanzas para nosotros. Cristo nos puede cambiar porque reconocemos que estamos enfermos y necesitamos de él como nuestro médico. Pero si negamos ser pecadores, personas enfermas, ni Dios ni nadie nos puede ayudar. No podemos cambiar, porque creemos que son otros los que tienen que cambiar en lugar de nosotros. Por eso, Dios acepta con mucho agrado a los que se reconocen como pecadores; pero no puede tolerar a los que niegan ser pecadores y se creen justos y buenos, superiores a los demás.

¿Qué es, entonces, el evangelio? Es la proclamación de un Dios que ama incondicionalmente a los pecadores y los recibe con los brazos abiertos sin ninguna censura ni condenación. Es la proclamación de un Dios que manda a su Hijo, no para condenar al

mundo, sino para salvarlo y ayudarlo, un Dios que envía a su Hijo como un médico para sanar a los que reconocen estar enfermos. Ese es el evangelio que Martín Lutero quiso que se volviera a proclamar por todas partes cuando impulsó la Reforma de la Iglesia.

Pero, lamentablemente, hoy día es muy raro escuchar ese evangelio. Si somos honestos, tenemos que reconocer que el mensaje que se oye en las iglesias se parece más bien al mensaje que predicaban los que se oponían a Jesús. Lo que tenemos son iglesias llenas de fariseos predicando un mensaje fariseo, cuando si se predicara fielmente el evangelio, tendríamos iglesias llenas de personas que se reconocen como pecadores.

De hecho, podemos contrastar esos dos tipos de iglesias. Una iglesia de fariseos dice: “Nosotros estamos bien.” Una iglesia de pecadores dice, “Nosotros estamos mal.” Una iglesia de fariseos dice, “Nosotros estamos sanos y no necesitamos la ayuda de nadie,” mientras una iglesia de pecadores dice, “Nosotros estamos enfermos, y necesitamos ayuda de Dios y unos de otros.” Una iglesia farisea proclama, “Si quieres que Dios te acepte, tienes que ser *bueno* como nosotros.” En cambio, una iglesia pecadora afirma lo que Jesús respondió al joven rico cuando éste lo llamó bueno, “Nadie es bueno sino solamente Dios” (Mar 10:18). Una iglesia de fariseos ora como el fariseo, “Qué bueno que nosotros no somos ladrones y adúlteros y pecadores como toda esa gente allá afuera. ¡Gracias a Dios!” Una iglesia de pecadores clama, “Dios, ten piedad de nosotros, que somos pecadores, tan pecadores como toda esa gente allá afuera, y hasta más!” La iglesia farisea dice, “Miren cómo la gente alrededor de nosotros está hundida en el pecado.” La iglesia pecadora dice, “Antes de ver la paja en los ojos de otros, ¡miren que viga tan más grandota tenemos en el nuestro!” Mientras la iglesia farisea dice, “Lo más importante es la iglesia, que se mantenga pura,” la iglesia de pecadores y publicanos dice, “Lo más importante es la gente, no la iglesia. Una iglesia sólo es pura cuando está llena de gente que se reconoce como impura.”

La iglesia de fariseos dice, “¡Lo más importante es la ley de Dios, que no se viole!” La iglesia de pecadores dice, “Lo más importante es la necesidad de la gente, que se le ayude. Eso es lo que manda la ley de Dios.” La iglesia de fariseos dice, “Si estás en pecado, no te acerques a comulgar.” La iglesia de pecadores dice, “Si NO estás en pecado, no te acerques a comulgar, porque no te hace falta; ya eres sano. Sólo si ves que estás en pecado y necesitas ser sanado, entonces sí, acércate y halla en Cristo perdón y descanso para tu alma.” En la iglesia de fariseos, se dice, “Aquí está el ideal que tienes que alcanzar. Tienes que ser el esposo o la esposa ideal, el hijo o la hija ideal, el padre o la madre ideal, el cristiano o la cristiana ideal.” En la iglesia de pecadores, se dice, “Todos estamos muy lejos de alcanzar el ideal, y siempre lo seremos.”

Al hablar en estos términos, la iglesia farisea siempre responde con la misma objeción: entonces, ¿quiere Dios que sigamos siendo pecadores en lugar de convertirnos en gente buena? ¿No hay que practicar la justicia y dejar atrás el pecado para que Dios nos acepte? ¿Acaso debemos simplemente resignarnos ante la maldad y el pecado en lugar de condenarlo y oponernos a él? Pero la respuesta que hay que dar como pecadores es la misma que dio Lutero cuando se le reprochaba esto mismo. Decía, en primer lugar, que mientras sigamos en este mundo, la realidad es que siempre vamos a ser pecadores. Eso es inevitable. Y en segundo lugar, decía que los únicos que pueden obedecer a Dios y hacer el bien son los pecadores. Los que se consideran justos y buenos no pueden hacer la voluntad de Dios. Sólo pueden oprimir y cometer injusticias, porque insisten en que tienen razón cuando no la tienen, porque no escuchan a los demás por considerar que los demás son ignorantes y no tienen la verdad, porque creen ser Dios cuando son todo lo contrario.

Por eso, al fin y al cabo atropellan a los demás en lugar de ayudarles. El único que puede practicar la justicia que Dios quiere es el pecador. Porque el pecador constantemente reconoce sus errores y trata de corregirlos, escucha a los demás en lugar de callarlos, y no se cree superior a nadie. Entonces, ¿los pecadores tienen que cambiar? ¡Claro que sí! ¡Pero sólo puedo cambiar si reconozco que estoy mal y que necesito que me ayuden! Por eso, el único que puede hacer el bien y ayudar a los demás es el que dice, “Soy pecador y siempre lo seré, aunque no quiero serlo. Quiero cambiar, pero para eso necesito que Dios y los demás me acepten tal como soy y me ayuden.”

Ahora, díganme ustedes: hoy día, ¿son más las iglesias de fariseos o las iglesias de pecadores? ¿Realmente se está predicando el evangelio o no? Hay muchas iglesias grandes, con mucha gente y con templos hermosos, pero, ¿cuántas de ellas en el fondo son sepulcrados blanqueados, por usar la frase de Jesús, porque por fuera se ven muy bonitas pero por dentro están llenas de injusticia porque no se predica el verdadero evangelio sino un mensaje fariseo? Pero antes de juzgar a las demás iglesias, tenemos que vernos a nosotros mismos, porque de otra forma seríamos igual que los fariseos, diciendo que los demás están mal pero nosotros no. Si somos honestos, tenemos que reconocer que nosotros hemos sido y seguimos siendo fariseos, y nuestras iglesias también han sido y siguen siendo fariseas. Yo he sido fariseo y continuamente actúo como fariseo, y por eso necesito que Dios y otros me ayuden a cambiar. Mi congregación, la Iglesia Luterana del Buen Pastor, ha sido iglesia farisea. Esta iglesia, San Pedro, ha sido farisea. Y lo mismo hay que decirlo de todas las otras iglesias aquí representadas, la Iglesia de Cristo, de Gracia, de la Santísima Trinidad, de San Pablo, y otras iglesias evangélicas, así como todos los que estamos aquí presentes. Todos hemos sido y seguimos siendo fariseos, y necesitamos ayuda.

Hermanos y hermanas, hoy día la iglesia está igual que en los tiempos de Lutero, si no peor. Por eso, necesitamos urgentemente una nueva reforma. Y esa reforma tiene que girar en torno a una sola cosa: el evangelio que proclamó y vivió Jesucristo. Tenemos que reconocer que en lugar de ese evangelio, el evangelio que se ha estado predicando hoy es otro. La situación es la misma que vio San Pablo cuando escribió a los gálatas, “Estoy maravillado de que tan pronto se han alejado del que los llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que perverten el evangelio de Cristo. Si nosotros, o un ángel del cielo, les anunciara otro evangelio, sea anatema.”

A veces cuando leemos las cartas de Pablo, pensamos que era un hombre intolerante o hasta fanático. Pero Pablo había entendido el evangelio, y por eso, no podía dejar que se corrompiera o se dejara de proclamar sin sentir un profundo dolor en su corazón. Por eso recorría mar y tierra para compartir ese evangelio, y se enojó tanto cuando algunos no sólo adulteraban el evangelio, sino predicaban el mensaje de los fariseos y llamaban a eso evangelio, como lo que sucede hoy día. Para Pablo, era tan importante el evangelio que clamaba, “¡Ay de mí si no predico el evangelio!” Sufrió muchísimo por compartir ese evangelio, y hasta terminó muriendo por él. Vemos la misma convicción en Lutero, que frente a los poderes más importantes de su tiempo se negó a retractarse cuando se lo exigían, y estaba dispuesto a dar su vida por el evangelio.

Ese es el evangelio que tenemos que recuperar urgentemente hoy. Hoy día necesitamos a muchos Pablos, muchos Luteros. Pero, ¿dónde están? En nuestra primera lectura hoy, Dios se aparece a Isaías en toda su gloria y esplendor, y dice, ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” Cuando ve a Dios, Isaías dice, “Ay de mí, soy hombre muerto,

porque soy pecador. ¿Cómo voy yo a servir a Dios, si para servir a Dios uno tiene que ser bueno y justo?” Y Dios le dice, “No, yo te limpio y te acepto por pura gracia. ¿Quién irá, pues?” Y entonces Isaías responde, “Heme aquí; envíame a mí.”

Como luteranos, muchas veces pensamos que la Reforma la hizo Lutero. Pero eso no es cierto. La Reforma la hicieron muchísimas personas junto con Lutero. Y si va a haber una nueva Reforma hoy, necesitamos de muchas personas. Hoy día, Dios nos pregunta lo mismo que le preguntó a Isaías, “¿Quién irá?” Tú, ¿qué le responderás? ¿No puedo porque no soy lo suficientemente bueno o capaz, como dijo Isaías al principio? Precisamente ésa es la gente que necesitamos, gente pecadora, imperfecta, incapaz, que dependa no de sí misma sino de Dios. Solamente si eres esa clase de persona puedes servir a Dios.

Necesitamos gente que haga muchas cosas. Necesitamos pastores urgentemente. Y, ¿cuántos estudiantes tenemos en nuestro Seminario Luterano? Cuatro. ¡Cuatro! Necesitamos 10, 20, 100, 1000, y tenemos cuatro! Hacen falta no sólo hombres sino mujeres. Pero, lamentablemente, cuando ordenamos a mujeres al ministerio, somos objeto de censura, ¡no sólo por parte de personas de otras iglesias, sino por parte de nuestro mismo sínodo luterano! Hermanos y hermanas, ¡hay un evangelio que proclamar, y necesitamos hombres y mujeres que lo proclamen! Aparte de los pastores y pastoras que necesitamos urgentemente, necesitamos a gente que colabore en muchas otras cosas dentro de la iglesia, gente que entienda el evangelio y sepa comunicarlo, gente para apoyar el trabajo de una nueva Reforma con su tiempo y sus recursos y sus dones y talentos. Todo eso es lo que necesitamos urgentemente. Necesitamos gente que diga como dijo Isaías, “Heme aquí. Envíame a mí.” ¿Quiénes de los que estamos aquí vamos a responder así? ¿Quiénes?

Y no sólo tenemos que entender el evangelio, tenemos que aprender a comunicarlo mejor y de formas nuevas que respondan a las necesidades de hoy. Lamentablemente, hemos caído en los mismos tradicionalismos de la Iglesia Romana en la época de Lutero: creemos que ser luterano o protestante es defender y perpetuar *tradiciones* en lugar de defender y perpetuar *el evangelio*.

Por ejemplo, seguimos con las mismas liturgias, los mismos cantos, las mismas oraciones de siempre porque creemos que esas tradiciones son las que nos definen como luteranos o protestantes. No es que la tradición sea mala. Nuestra liturgia tradicional muchas veces ha sido un buen instrumento para comunicar el evangelio, y todavía lo puede ser. Pero también puede ser un obstáculo cuando se olvida que el evangelio es más importante que nuestras tradiciones. Por eso, hoy día necesitamos también otras liturgias, otras formas de adoración, otros tipos de música que permitan que el evangelio llegue a personas que no son atraídas por nuestras liturgias tradicionales.

Hoy, por ejemplo, empezamos el culto con otro tipo de confesión de pecados. En unos momentos vamos a tener un acto litúrgico diferente, y una poesía, y vamos a escuchar el evangelio con otro tipo de música, la música hip-hop. Hoy día, necesitamos iglesias que estén dispuestas a renovarse en todos los aspectos para comunicar bien el evangelio. Necesitamos iglesias donde se canta el evangelio en hip-hop y en muchos otros ritmos. Iglesias que reconozcan, como dije al principio, que estamos en ruinas y que no hemos sido fieles a la Reforma, iglesias que se vean como pecadoras. Sólo si reconocemos eso habrá posibilidades de renovarnos y reformarnos y convertirnos en una iglesia diferente.

Hermanos y hermanas, al enseñar la clase de homilética o predicación en el seminario, he puesto a los estudiantes a escuchar el famoso sermón que predicó Martín Luther King en el que decía, “Tengo un sueño.” Pues yo quisiera terminar este sermón hoy

día compartiendo el sueño que yo tengo, un sueño que espero que sea el sueño de todos ustedes, también. Dondequiera que ando, en las ciudades o en los pueblos, en este país o en otros, constantemente veo locales que son de Alcohólicos Anónimos.

Tal vez ustedes saben que cuando una persona alcohólica entra en uno de esos locales, no se le condena. No se le rechaza ni se le censura. Más bien, se le dice, “Bienvenido. Aquí todos somos alcohólicos igual que tú, gente que necesita ayuda de Dios y de los demás. Aquí todos estamos enfermos y necesitamos ser sanados. Nos da mucho gusto que vengas aquí, no sólo porque nos dará gusto que tú encuentres sanidad, sino porque nosotros te necesitamos a ti para que tú nos ayudes a sanar también.”

Hermanas y hermanos, el sueño que yo tengo es que así como hay locales de Alcohólicos Anónimos por todas partes, que algún día haya también iglesias de ese tipo por todas partes. No sé, posiblemente con letreros que digan “Pecadores anónimos” en lugar de “Alcohólicos anónimos.” Quisiera que hubiera iglesias donde cualquier persona puede entrar, *cualquier persona*, y oír siempre palabras parecidas: “Bienvenido, bienvenida, a esta comunidad de pecadores que hemos aceptado la ayuda de Jesús como nuestro médico. Aquí todos estamos enfermos y necesitamos ayuda, igual que tú y todo el mundo. Aquí nadie te condenará ni te censurará. Aquí nadie te juzgará ni rechazará por ser pecador. Nos da mucha alegría que estés aquí, no sólo porque nos dará gusto que aquí encuentres la ayuda y la sanidad que necesitas, sino porque tú serás también instrumento de Dios para ayudarnos a nosotros a sanar y cambiar. Pásale. Siéntate. Comulga con nosotros. Qué bueno que estás aquí.”

Hoy, en este aniversario de la Reforma, ése es mi sueño. Que haya iglesias de ese tipo, iglesias donde se proclame el verdadero evangelio y no un falso evangelio fariseo, por todas partes, en cada ciudad, en cada pueblo, en este país y en otros. Esa es la Reforma de la Iglesia que necesitamos hoy día. ¿Será posible?

¿Quién irá? ¿Quién irá?